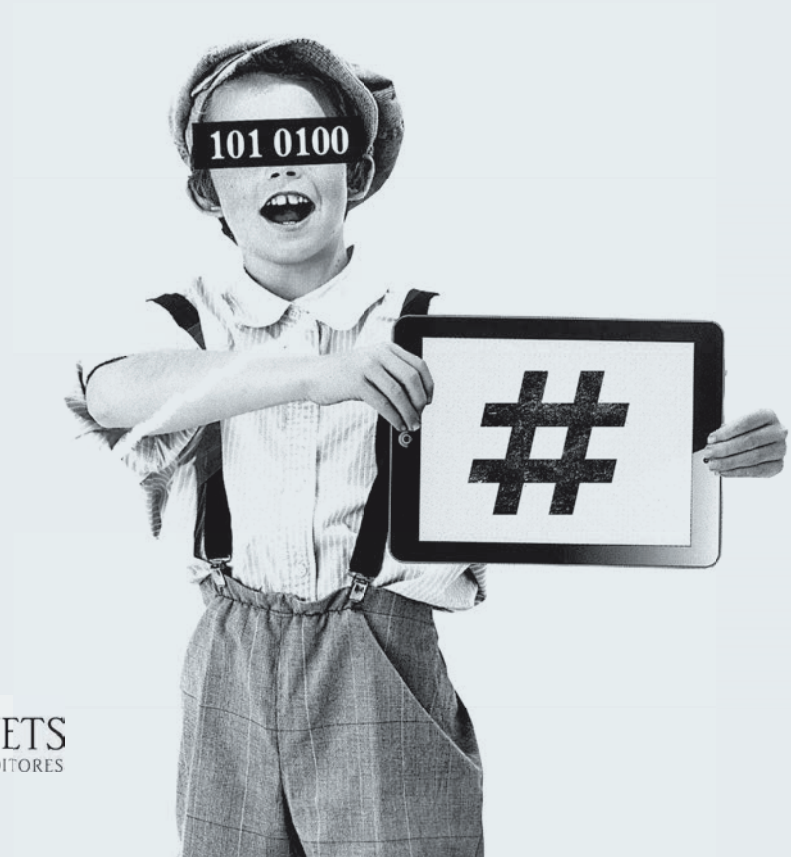
ENSAYO

Timothy Garton Ash

Libertad de palabra

Diez principios para un mundo conectado



TUSQUETS EDITORES

Timothy Garton Ash

LIBERTAD DE PALABRA

Diez principios para un mundo conectado

Traducción de Araceli Maira Benítez

Título original: *Free Speech. Ten Principles for a Connected World*

1.ª edición: abril de 2017

© Timothy Garton Ash, 2016

© de la traducción: Araceli Maira Benítez, 2017
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-398-1
Depósito legal: B. 3.221-2017
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Egedsa
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos 13

Pos-Gutenberg 17

Primera parte
Cosmópolis 25
Lenguaje, 25; Cosmópolis, 38; Ciberespacio; CA 94305, 41; La lucha por el poder de la palabra, 47; Perros grandes, 56; Grandes gatos, 78; P^2, 85; El poder del ratón, 89; *La inocencia de los musulmanes* y la inocencia perdida de Youtube, 98

Ideales 112
¿Por qué debe haber libertad de expresión?, 112; ¿En qué medida debe ser libre la expresión? ¿Cómo debe ser la expresión libre?, 120; No sólo por ley, 122; Leyes y normas, 129; ¿Ofendido? ¿Qué daño causa eso?, 129; Leer a John Stuart Mill en Pekín, 141; Hacia un universalismo más universal, 158

Segunda parte
Manual del usuario 169

1. La sangre del cuerpo político 173
Libres y capaces, 174; En nuestra propia lengua, 177; Buscar, recibir y difundir, 181; Sin consideración de fronteras, 184

2. Violencia 187
El veto del asesino, 188; Modernizar el test de Brandenburg, 191; Lenguaje peligroso, 194; ¿Guerra justa?, 198; Hacer frente al

veto del asesino, 202; Las viñetas y el dilema de volver o no a publicar algo, 205; Practicar el conflicto pacífico, 212

3. Conocimiento 216
Científicamente hablando, 216; En el campus, 219; Legislar la historia, 223; ¿Todo abierto para todos?, 229; Un bien público a través de un poder privado, 236; De Babel a Babble, 246; *Homo Zappiens,* 250

4. Periodismo 253
Los medios de comunicación, 254; Sin censura, pero no sin límites, 257; Diversos: el pluralismo mediático entre el dinero y la política, 265; Del *Diario Yo* al quiosco diario, 276; Fidedigno: ¿quién es periodista? ¿En qué consiste el buen periodismo?, 281; Hacia un pnyx conectado, 286

5. Diversidad 289
Apertura y civilidad robusta, 290; ¿Imponer la civilidad?, 298; Por qué las democracias desarrolladas deben ir más allá de las leyes contra el lenguaje del odio, 304; Crear una sociedad civil, 318; Arte y humor, 334; Pornografía, 341; Civilidad y poder, 346

6. Religión 349
Los argumentos a favor de un trato especial, 349; Pero ¿qué es religión?, 354; Dos tipos de respeto, 358; ¿Por ley o por costumbre?, 367; El problema del islam, 373; Tolerancia, 384

7. Intimidad 387
¿En algún momento estamos solos?, 388; Privacidad, reputación e interés público, 391; Campos de batalla de los poderosos, 399; Juzgados por Twitter, 405; Defender nuestra reputación, 409; ¿Un «derecho al olvido»?, 415; Que no te «zuckereen», 423; Jano anónimo, 428

8. Secreto 435
La seguridad y el principio del cuestionamiento, 436; El precio de la confidencialidad, 442; Aquí necesitamos leyes, 449; ¿Quién nos guardará de los guardianes?, 455; Denuncias internas y filtraciones: un refuerzo esencial, 461; El problema de las «fuentes fidedignas», 464; La importancia de no ser anónimo, 470

9. Icebergs 473
Icebergs, 473; Una Red, ¿bajo quién?, 478; Neutralidad de la Red, 483; Privatizar y exportar la censura, 488; ¿Algoritmos éticos?, 493; El dinero habla (demasiado alto), 497

10. Valentía. 501
Valentía, 502; Dos espíritus de la libertad, 506

Reto. 512

Apéndices
Notas 517
Bibliografía. 591
Índice onomástico 613

Cosmópolis

Lenguaje

Algo parecido al lenguaje humano surgió probablemente hace no menos de cien mil años como resultado de los desarrollos evolutivos del cerebro, el tórax y el aparato de fonación.[1] Hablar, en este sentido muy elemental, consiste en modular el chorro de aire que emiten los pulmones mediante movimientos del tórax, la cavidad bucal, la lengua y los labios, produciendo secuencias de diferentes sonidos con significados reconocibles. Cuando decimos de una niña pequeña «acaba de empezar a hablar», es eso lo que ha aprendido a hacer.

Una competencia comunicativa altamente desarrollada supone el empleo del lenguaje y del pensamiento abstracto, y es lo que distingue a los seres humanos de nuestros parientes más cercanos como el chimpancé o el bonobo. Cuanto más aprendemos sobre el mundo animal, más apreciamos el nivel de comunicación entre los delfines y los chimpancés. Se pueden ver en línea vídeos que muestran la comprensión del lenguaje humano alcanzada por el bonobo de mayor destreza lingüística del mundo, *Kanzi,* y su capacidad de «hablar» pulsando lexigramas sobre la pantalla de un ordenador. Se nos informa que *Kanzi* ha aprendido a «decir» alrededor de quinientas palabras y a comprender hasta tres mil. Sin embargo, aun dejando de lado el hecho de que su tórax y su aparato de fonación no le permiten emitir secuencias continuas de sonidos reconocibles como hacen los seres humanos, hay todavía un abismo entre lo que ha logrado *Kanzi* y lo que puede expresar la mayoría de los seres humanos.[2]

Hacia el final de una vida dedicada al estudio del reino animal, le preguntaron al presentador de televisión David Attenborough cuál era para él la criatura más asombrosa sobre la Tierra, y contestó: «La única criatura que realmente me ha dejado tan boquiabierto que, por mucho que lo intento, no puedo parar de

observarla, es un bebé de nueve meses. Su ritmo de crecimiento. Su ritmo de aprendizaje. El ritmo al que se desarrollan sus nervios. Es la más compleja y extraordinaria de todas las criaturas. Nada puede compararse con ella».[3] Entre las cosas que un niño aprende, a diferencia de los otros animales, está el lenguaje. El psicólogo evolutivo Robin Dunbar advierte que, hacia los tres años, un niño medio es capaz de emplear más o menos mil palabras (el doble que el récord mundial de Kanzi). Hacia los seis años, alrededor de trece mil. Y hacia los dieciocho, unas sesenta mil: «Eso significa que ha ido aprendiendo un promedio de diez palabras nuevas por día desde su nacimiento, el equivalente a una palabra nueva cada noventa minutos del tiempo que permanece despierto».[4]

El lenguaje no es uno más entre los atributos humanos. Es el rasgo definitorio del hombre. Cuando la esclerosis lateral amiotrófica (ELA) poco a poco iba privando al historiador Tony Judt de la posibilidad de comunicarse de manera comprensible, me dijo, entre las inhalaciones inducidas artificialmente por el respirador fijado en sus orificios nasales, algo que nunca olvidaré: «Mientras pueda comunicarme, todavía estoy vivo». Pausa para la respiración artificial. «Cuando no pueda comunicarme», pausa para la respiración artificial, «ya no viviré».[5] Me comunico, luego existo.

La comunicación humana nunca ha estado limitada al habla. El contacto físico, los gestos de las manos, las expresiones faciales, deben de haber desempeñado un papel importante antes de que el tórax, la lengua y el cerebro consiguieran actuar en conjunto. Donald Brown, en un esbozo de lo que denomina Pueblo Universal, resumiendo lo que considera universales humanos antropológicamente establecidos, se ocupa ampliamente del habla y el lenguaje, pero también incluye la gestualidad física y la variedad de mensajes que transmitimos mediante las expresiones del rostro.[6]

Desde los primeros tiempos hemos ido más allá de nuestro propio cuerpo en el afán de comunicarnos. Las pinturas rupestres más antiguas que se conocen han sido datadas hace unos cuarenta mil años. Hay evidencia de instrumentos musicales que probablemente tienen la misma antigüedad, y joyas mucho más antiguas.[7] Son éstos los lejanos predecesores de las ilustraciones, los dibujos animados, los vídeos de YouTube, las pancartas, la quema de banderas, las representaciones teatrales, las canciones, los ta-

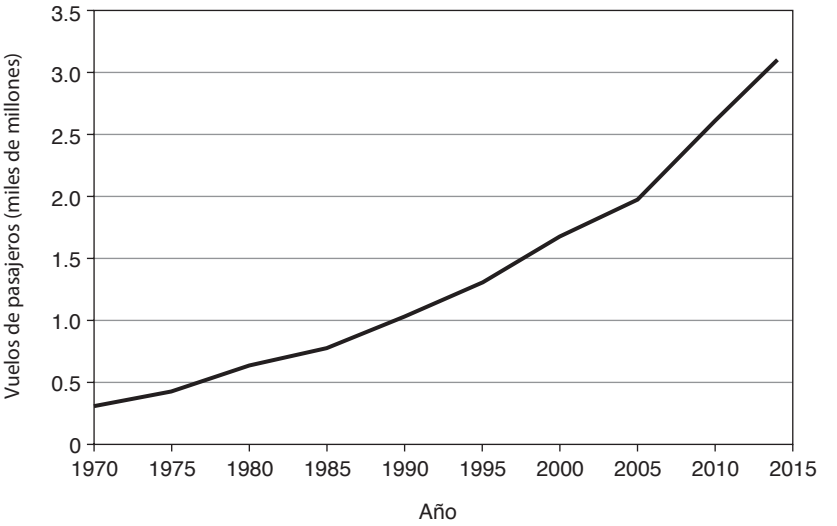


Figura 2. Aumento de los vuelos de pasajeros. Fuente: Indicadores del Desarrollo Mundial, 2014.

tuajes, los tipos de vestimenta, las opciones de dieta, las imágenes de Instagram y GIF, los avatares de Second Life, los emojis y una miríada de diversas formas de expresión contemporáneas, todas incluidas en la expresión «libertad de expresión». Como dice el poeta John Milton en *Areopagítica*, su llamamiento a liberarse de la censura en la Inglaterra de mediados del siglo XVII, «Cualquier cosa que oigamos o veamos, sentados, de paseo, en una conversación o de viaje, con razón puede ser llamada nuestro libro».[8]

El contexto transformado en el que se plantea la cuestión de la libertad de expresión hoy en día es el resultado de las novedades más recientes de la comunicación. La aceleración de la comunicación puede rastrearse siguiendo dos vectores fundamentales: uno físico y otro virtual.[9] Una cronología, muy parcial, de los medios que los hombres han hallado para aproximarse físicamente los unos a los otros podría ser la siguiente: caminar, correr, nadar, navegar en canoa, montar sobre animales, ruedas, navegación fluvial, barcos transoceánicos, tren, vehículo de motor, aeronave, avión a reacción. Por ahora, el avance tecnológico del transporte colectivo de personas ha hecho una pausa con los aviones a reacción, aunque, como muestra la figura 2, cada vez más personas se desplazan en avión. En 1970, se registraron poco más de trescien-

tos millones de vuelos de pasajeros. Actualmente, la cifra supera los tres mil millones al año o, aproximadamente, un vuelo cada dos personas sobre la tierra.[10]

La mayor parte de los pasajeros aéreos son visitantes transitorios, pero algunos se desplazan para quedarse. Una estimación de la ONU acerca de la «cantidad mundial de emigrantes» señala que aproximadamente una de cada treinta personas se ha mudado a un nuevo país de residencia a lo largo de su vida.[11] Un documento del Vaticano describe este fenómeno como «el movimiento de personas más vasto de todos los tiempos».[12] Nuestro planeta, ahora, es un planeta-ciudad. En el año 2014, más de la mitad de la población mundial vivía ya en ciudades, y los pronósticos de la ONU estiman que las ciudades del mundo sumarán otros dos mil quinientos millones de personas hacia 2020.[13] Serán hombres, mujeres y niños de todas partes, en particular en las «megalópolis» de más de diez millones de habitantes. Existen ya al menos veinticinco ciudades globales donde más de uno de cada cuatro residentes nació en el extranjero, y el censo de 2011 de Canadá mostró que un sorprendente 51 por ciento de la población de Toronto estaba compuesto por extranjeros de nacimiento.[14] Esto, antes incluso de que lleguemos a los «posmigrantes», los hijos y nietos de los migrantes. En esas ciudades globales conviviremos habitualmente con hombres y mujeres de todos los países, culturas, confesiones y etnias. La figura 3 muestra la hiperdiversidad de Toronto. Tome el *métro*, *tube*, *U-Bahn* o metro: toda la humanidad está ahí.

El avance de las tecnologías de la comunicación física no es la única causa de esta diversidad sin precedentes. Entre sus fuentes más profundas hay que contar los legados poscoloniales, el impacto de la guerra, las revoluciones y las hambrunas, el abismo económico entre el norte global rico y el sur global pobre, la atracción que ejercen las sociedades abiertas y el rechazo de las cerradas. Hoy en día, lo mismo que hace cinco mil años, las personas caminan cientos de kilómetros y nadan en aguas peligrosas en la esperanza de procurarse una vida mejor para ellas y para sus familias. Debe admitirse, sin embargo, que estas tecnologías del transporte físico les han facilitado el hecho de desplazarse.

Tales tecnologías permiten también a los migrantes y a sus hijos y a los hijos de sus hijos —posmigrantes— viajar con frecuencia a sus países de origen, al país de sus padres o de sus abuelos: de

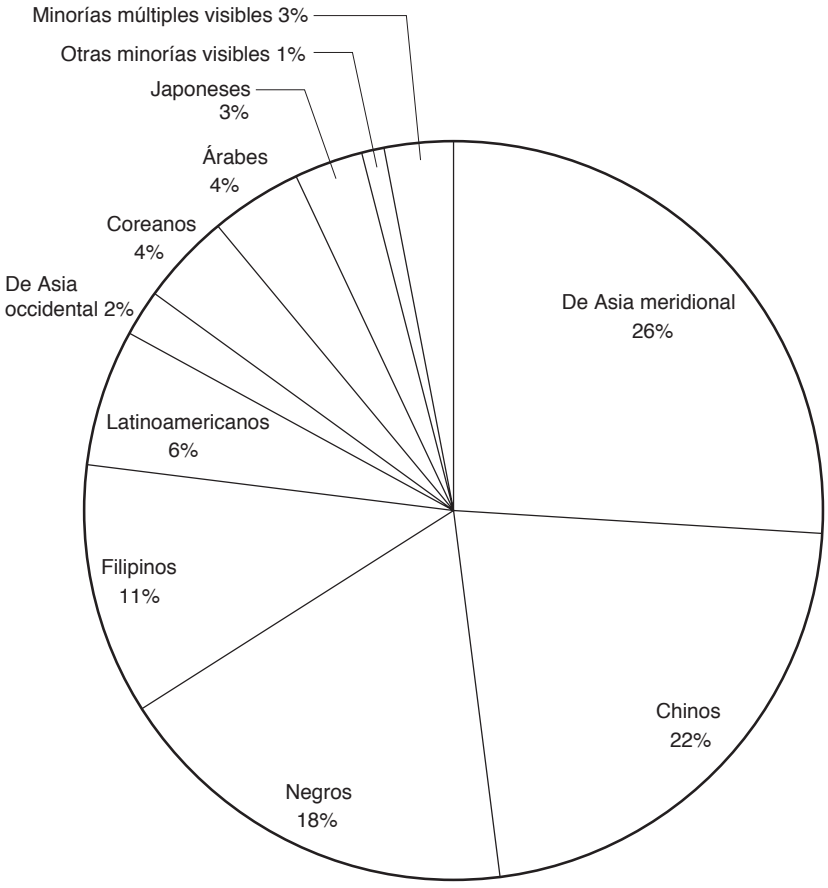


Figura 3. Hiperdiversidad: minorías visibles de Toronto. El cuadro muestra el desglose de las consideradas «minorías visibles», que en 2011 constituían el 49 por ciento de la población total de Toronto. Fuente: Encuesta Nacional de Hogares de Canadá, 2011.

España a Marruecos, de Reino Unido a Pakistán, de Australia a Vietnam.[15] Y algo que es muy importante: mediante televisión por satélite, internet, correo electrónico y teléfonos móviles, los migrantes y posmigrantes mantienen un contacto virtual intenso con las personas, la cultura y la situación política de sus otras patrias. Apenas exageraríamos si dijéramos que, gracias a la reducción de las distancias física y virtual, viven en dos países a la vez.

La era digital trajo consigo a la vez la aceleración y la convergencia de dos líneas diferentes de comunicación: uno-con-uno y

uno-con-muchos. Avances clave en la historia de la comunicación de un individuo con otro han sido el desarrollo del servicio de correo postal, el telégrafo, el teléfono, el teléfono móvil, el correo electrónico y los teléfonos inteligentes. Estos últimos han permitido el acceso a «internet móvil», donde la comunicación uno-con-uno converge con la comunicación uno-con-muchos y con muchas otras variantes, incluyendo las modalidades muchos-con-muchos y muchos-con-uno.

El modelo uno-con-muchos tiene una larga prehistoria en la invención de la escritura, grabada sobre tablillas de piedra o de arcilla (como, por ejemplo, los edictos del emperador indio Ashoka, pertenecientes al siglo III a.C.), anotada en papel (en China, alrededor del siglo II d.C.), en rollos y, hacia el siglo III d.C., en códices: libros manuscritos con páginas que se podían pasar. Un gran avance en esta línea fue el desarrollo de la imprenta con tipos móviles, originalmente inventada en China en el siglo XI, con tipos de cerámica, y desarrollada unos dos siglos más tarde en Corea con tipos de metal. Sin embargo, lo que cambió el mundo fue el (re)descubrimiento de la imprenta de tipos móviles de metal realizado por el inventor y emprendedor alemán Johannes Gutenberg hacia el año 1440 y difundido por Europa en la segunda mitad del siglo XV.[16] La expansión de la radio y la televisión constituyó otro paso decisivo en la comunicación de una persona con muchas: de hecho, ese tipo de comunicación es el significado fundamental de la palabra inglesa para «transmitir información por radio o televisión», *broadcast*. (La palabra fue empleada originalmente en el inglés del siglo XIX para designar el acto de arrojar las semillas en la siembra a voleo.) Con todo, no hay manera de sortear lo que se ha convertido en un apasionante lugar común: sí, el descubrimiento de internet inauguró el mayor avance en la comunicación humana desde Gutenberg.

El 29 de octubre de 1969 se envió un mensaje desde una computadora de la Universidad de California en Los Ángeles, a otra del Instituto de Investigaciones de Stanford. El que puede considerarse el primer mensaje de la era de internet decía simplemente «Lo».[17] No era una bienvenida criptobíblica a internet, como si del Mesías se tratase (¡Albricias! ¡Ya viene!),* ni el argot informal

* *Lo! It comes!* en el original. El autor emplea la interjección arcaica *lo*, usada para llamar la atención o expresar sorpresa. *(N. de la T.)*

de un personaje de dibujos animados estadounidense, sino que la computadora de Stanford había sufrido una avería justo antes de recibir la *g* final de la palabra *log* [leño; logaritmo, registro]. Un plano de diciembre de 1969 de lo que con el tiempo se transformaría en internet muestra cuatro ordenadores.[18] El Diccionario Oxford de Inglés data la palabra *internet* en 1974.[19] En agosto de 1981 había sólo 213 *hosts* o anfitriones en internet.[20] La idea de la Red mundial, la *World Wide Web,* fue propuesta por Tim Berners-Lee en 1989, y él creó el primer sitio web a fines de 1990.[21]

Luego las cosas avanzaron con velocidad. Como muestra la figura 4, lo que se conoce como «Ley de Moore» —la predicción de una duplicación regular del número de transistores que pueden colocarse en un microchip y, en consecuencia, del crecimiento exponencial de la potencia informática— ha resultado, en líneas generales, verdadero durante cincuenta años, desde que el fabricante de chips Gordon Moore formuló por primera vez esa predicción en 1965, aunque parece que ahora la velocidad de crecimiento, finalmente, se va ralentizando.[22]

Ha sido necesario acuñar nuevos términos para indicar el número de *bytes* —la unidad básica de la memoria digital, formada

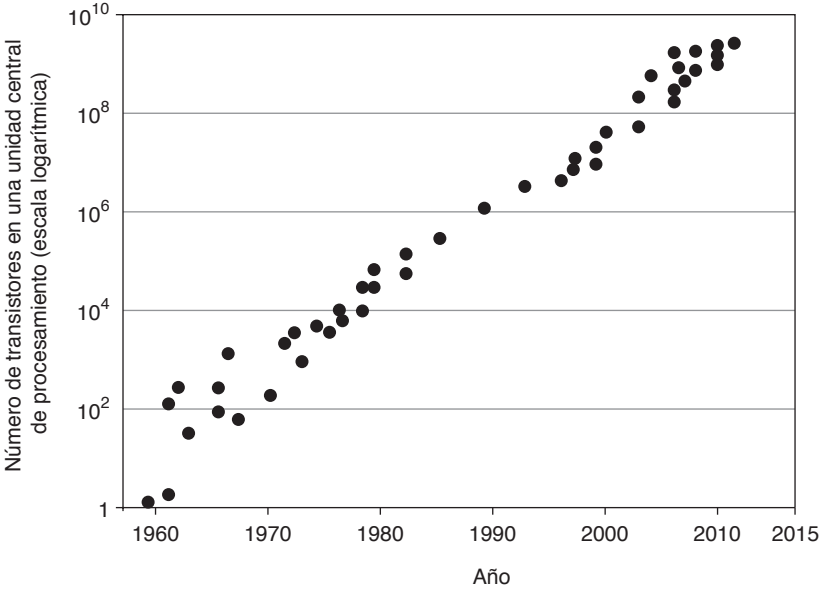


Figura 4. Ley de Moore. Fuente: Intel/*The Economist,* 2005.

habitualmente por un «octeto», es decir, una cadena de ocho unos y ceros— de información almacenados en línea: desde los megabytes (MB, o 10^6 bytes) y gigabytes (GB, o 10^9 bytes) que tenemos en nuestros ordenadores personales, hasta llegar a los exabytes, zettabytes y yottabytes, o 10^{24} bytes.[23] Según una estimación de Cisco, una persona necesitaría unos seis millones de años para ver todos los vídeos que circulan por la red durante un solo mes.[24]

En 2015 existen ya alrededor de tres mil millones de usuarios de internet, dependiendo de cómo definamos exactamente internet y usuario, y esta cantidad está aumentando velozmente.[25] El crecimiento más rápido tendrá lugar en el mundo no occidental, la conexión inalámbrica predominará sobre la conexión por cable y se realizará sobre todo a través de dispositivos móviles. Existen unos dos mil millones de teléfonos inteligentes en todo el mundo y se espera llegar a los cuatro mil millones en el año 2020.[26] Cerca del 85 por ciento de la población mundial habita dentro del radio de alcance de una antena de telefonía móvil con capacidad para transmitir datos. Tim Berners-Lee y Mark Zuckerberg se encuentran entre los que han hecho campaña para que todos puedan acceder a internet.[27]

Miles de millones de personas todavía están excluidas de esta red de comunicación sin precedentes. Como muestra el mapa 1, el acceso a internet en el mundo está distribuido de manera desigual.

Incluso si se dispone de una conexión a internet regular y económicamente accesible, lo que todavía no está al alcance de todos, se necesita un nivel de educación mínimo para emplearla. Según estimaciones de la ONU, todavía hay en el mundo unos novecientos millones de analfabetos, cifra que surge de emplear el criterio mínimo de alfabetización, consistente en que una persona «sea capaz de leer y escribir, comprendiéndola, una oración breve sobre su vida cotidiana». Como puede observarse en el mapa 2, en varios países de África más de la mitad de la población es analfabeta incluso si aplicamos este criterio de mínimos.[28]

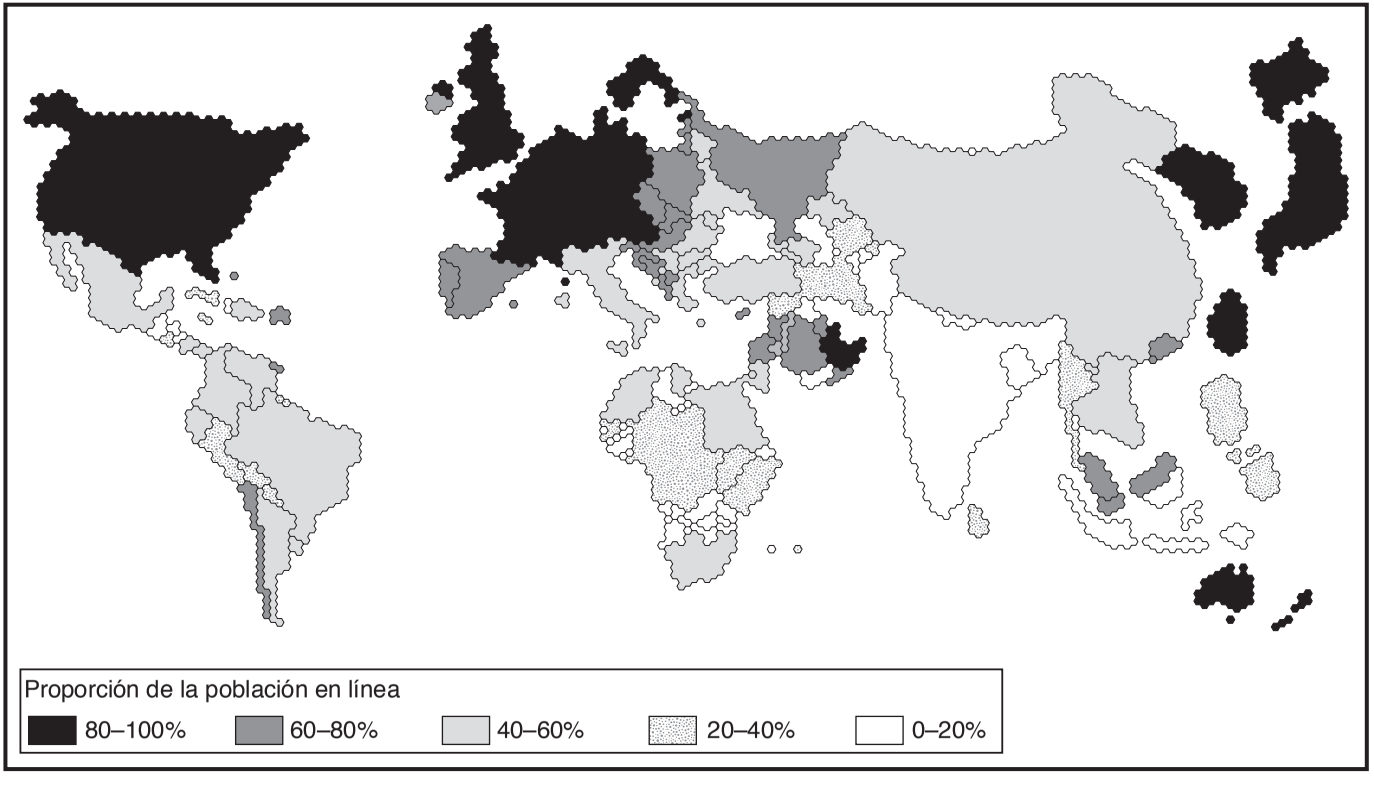
El nivel de educación requerido para participar en una conversación en línea de mayor entidad —no digamos ya en una conversación global— es claramente más elevado que éste. También se necesitan otros servicios básicos, como luz para leer. No dispongo del espacio ni de la competencia profesional para analizar estas precondiciones del desarrollo humano necesarias para la

libertad de expresión pero, evidentemente, resultan cruciales. De manera que buena parte de lo que escribo en este libro vale, en la actualidad, sólo para alrededor de la mitad de los seres humanos, aunque esa proporción va en aumento.

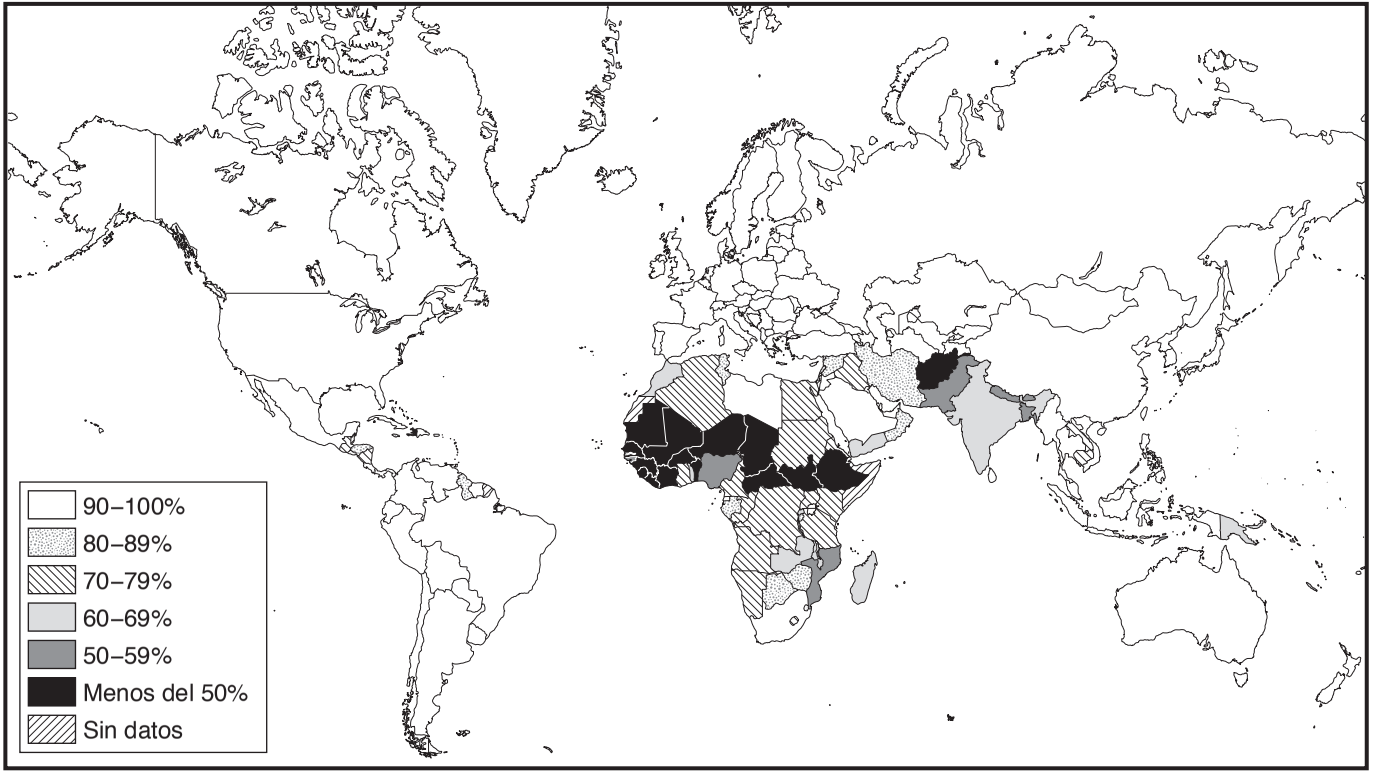
Sin embargo, desde el punto de vista tecnológico, no existe ya ninguna razón por la que en el mundo, en un futuro, no sea posible que todos puedan conectarse con todos, y con prácticamente todo lo que se conoce, a través de una pequeña caja portátil. Gary Shteyngart, en su novela satírica *Una súper triste historia de amor verdadero,* llama a esa caja «el *äppärät*». (El plural, por si se lo estaban preguntando, es *äppäräti.)*[29] Para nuestros propósitos resulta tan fútil como innecesario especular, hablar con entusiasmo o quejarse de las próximas fases de esta gran convergencia. Se amasarán y se perderán fortunas, se levantarán y caerán imperios comerciales, la última innovación será encumbrada mientras alguien aún más joven desarrolla la que vendrá a desbancarla, trabajando en una calle de Palo Alto, Bangalore o el distrito de Haidian de Pekín.

Sin dejarnos esclavizar por los detalles técnicos, podemos afirmar con seguridad que en la segunda década del siglo XXI cualquiera con un teléfono inteligente, educación suficiente para usarlo y dinero para una tarifa de datos ya tiene a su alcance el mundo de convergencia del *äppärät*. Todos los medios de expresión («periódico», «radio», «película», «televisión», «orquesta»), fuentes de información y de ideas («libro», «archivo», «revista») y canales de comunicación («teléfono», «correo electrónico», «mensaje de texto», «videoconferencia») que tradicionalmente eran diferentes están o pronto estarán en sus manos a través de esa pequeña caja. Si lo prefiere de otra manera, puede haber una gran pantalla en el rincón de su salón, o un pequeño dispositivo sujeto a su muñeca, o un chip implantado en su cráneo. La figura 5 muestra mediante circunferencias las principales etapas de este camino hacia un mundo conectado.

Puesto que las satíricas diéresis de los *äppäräti* de Shteyngart podrían empezar a cansarnos, a lo largo del libro me referiré a ese dispositivo universal de comunicación simplemente como nuestra «caja». Y emplearé la palabra *internet*, con *i* minúscula, en un sentido deliberadamente amplio, para indicar la totalidad de esta red mundial de información y comunicaciones (cuya universalidad todavía se encuentra seriamente restringida por limitaciones



Mapa 1. Uso desigual de internet en el mundo. El tamaño de los países es proporcional a la cantidad de usuarios absoluta. Se omiten los países con menos de 470.000 personas con conexión a internet. Fuente: Instituto de Internet de Oxford.



Mapa 2. Alfabetización mundial. El mapa muestra el nivel de alfabetización de la población adulta según el criterio de mínimos explicado en el texto. Fuente: Instituto de Estadística de la Unesco, 2013.

políticas, legales, culturales y económicas, aunque no por impedimentos tecnológicos).

Internet subvierte las unidades de tiempo y espacio tradicionales. Frunce el espacio convirtiéndonos en vecinos virtuales, pero también repliega el tiempo. Cuando algo se coloca en línea, habitualmente se queda allí para siempre. Tanto si un comentario desafortunado se ha realizado esta mañana o hace veinte años, si aparece en una búsqueda electrónica resulta, en un importante y novedoso sentido, parte del aquí y del ahora. Sólo con mucho esfuerzo se logran eliminar por completo los contenidos y se convierte lo publicado en no publicado.

Hay una posibilidad tecnológica adicional digna de mencionarse: que los ordenadores alcancen un nivel de inteligencia artificial que permita considerar que hablan por sí mismos. Mientras los ciberutópicos acompañan a Ray Kurzweil en la previsión del momento glorioso en que las inteligencias artificial y humana confluyan en una «singularidad» transformadora, los ciberdistópicos temen que la inteligencia de las máquinas primero aventaje y luego domine a los humanos (como la computadora HAL con su hipnótica voz en *2001: Una odisea del espacio* de Stanley Kubrick, pero esta vez acabando con HAL encima).[30]

Pero no estamos todavía en ese punto, aunque la hipnótica

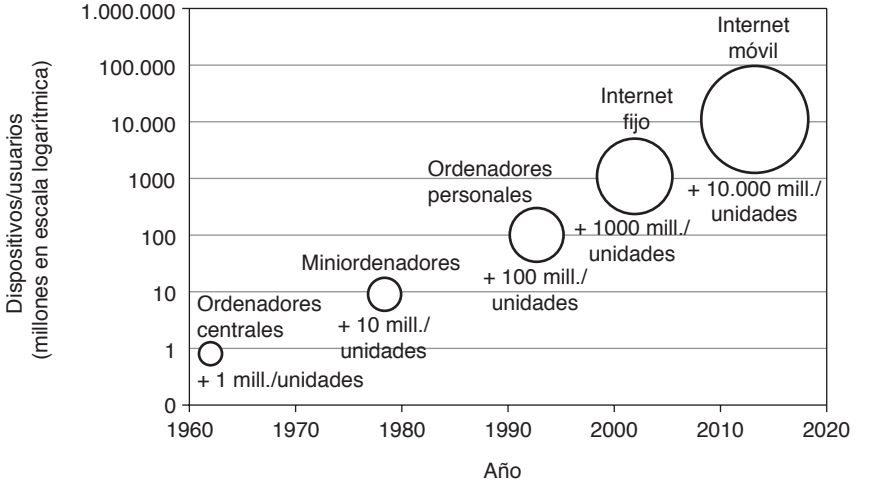


Figura 5. Más dispositivos que personas. Fuente: Adaptado de Mary Meeker, *Internet Trends 2014*.

dama del GPS rectifique sus instrucciones cuando modificamos la ruta en el coche, y la caja portátil, empleando un *software* como Siri de Apple, pueda responder a nuestras solicitudes orales valiéndose de toda la información que ha ido recopilando sobre nosotros. Ya en la década de 1960, el experto en informática Joseph Weizenbaum había desarrollado un programa denominado Eliza, por la Eliza Doolittle del *Pigmalión* de Bernard Shaw (más conocida como Julie Andrews en *My Fair Lady)*.[31] Eliza era capaz de mantener conversaciones sencillas con un interlocutor, que evidenciaban una comprensión elemental de los estados de ánimo («Siento oír que estás desanimado»). Más recientemente, los desarrolladores del programa de conversación denominado Eugene Goostman afirmaron que éste había superado la prueba de Turing («¿Podría decir usted si está hablando con un ser humano o con una máquina?»), aunque poco después se discutió dicha afirmación.[32] Y parece que muchos chinos han hallado consuelo dialogando con un programa de Microsoft supuestamente femenino llamado Xiaoice.[33]

Hay científicos prestigiosos que piensan que la inteligencia artificial podría estar entre nosotros más pronto de lo que creemos, y que deberíamos abordar el tema con seriedad.[34] Sin embargo, dado que todavía falta un poco para ese momento singular, el presente libro está dedicado sólo al lenguaje humano (no al que se atribuye a otros animales o a las máquinas). Ciertamente, existen ya cuestiones importantes que plantearse acerca de lo que el jurista Tim Wu ha denominado la «máquina de hablar», y volveré sobre el tema en el principio 9, al ocuparme de la ética de los algoritmos. Hasta el momento, sin embargo, las cuestiones pertinentes conciernen sobre todo a lo que los programadores humanos disponen que las máquinas ejecuten algorítmicamente, antes que al contenido más o menos significativo que una inteligencia mecánica evolucionada decide decir por sí misma. Cuanto mayor es el cupo de opinión o juicio de valor humanos, más se aclaran las cuestiones relativas a la libertad de expresión.[35]

Además, incluso la tecnología de la comunicación más avanzada ofrece prestaciones sólo para dos de nuestros cinco sentidos: en efecto, el olfato, el tacto y el gusto quedan, por lo general, casi enteramente más allá de su alcance. Un banquete en línea no llena el estómago y el sexo virtual no es el de verdad.[36] (Algunos teléfonos y consolas ofrecen experiencias táctiles rudimentarias.

Hay también un área denominada teledildónica que consta de dispositivos que, según se dice, suministran satisfacción sexual sin contacto físico directo, pero, sobre este asunto, dejaré que otros investiguen en profundidad.)

A pesar de todas las maravillas del mundo en red, la gama más completa de la comunicación humana todavía se logra sólo en el trato personal directo. Aquí, el poder originario del lenguaje se combina con las señales físicas que acertadamente podemos denominar «lenguaje corporal». Cuando estamos cara a cara, las variaciones sutiles del timbre de voz, una leve inclinación de la cabeza, una caída de ojos y un roce en la mano, todo complementa esas modulaciones de aire bombeado a través del tracto vocal. Es en esos encuentros humanos sin mediación cuando las palabras resultan más directas que los hechos y, en ocasiones, la palabra se hace carne. Quién sabe si algún día la bioingeniería y la tecnología de las comunicaciones se combinarán para reproducir cibercognitivamente, a una distancia de miles de kilómetros, la incomparable riqueza de esa experiencia. Mientras tanto, lo que caracteriza a nuestro mundo transformado son las combinaciones externas de lo virtual y lo físico, como resultado de los novedosos acontecimientos que resumiría como «migración en masa e internet».

Cosmópolis

En *La galaxia Gutenberg,* publicada en 1962, el gurú de los medios de comunicación Marshall McLuhan declaraba: «La nueva interdependencia electrónica vuelve a crear el mundo a imagen de una aldea global».[37] La suya fue una percepción profética extraordinaria, claramente adelantada a su tiempo, pero el símil de la «aldea global» es inadecuado como descripción y como prescripción. Las aldeas son sitios pequeños, habitualmente homogéneos y tradicionales. No se distinguen precisamente por la tolerancia. Si los tiempos se vuelven violentos, los aldeanos, que toda su vida han sido vecinos, pueden terminar asesinándose unos a otros: serbios y bosnios, hutus y tutsis. Una «aldea global» no es el sitio donde estamos ni donde quisiéramos estar.

Ser vecinos electrónicos se asemeja más a vivir en una ciudad global. La mayor parte del tiempo tenemos encuentros sólo super-

ficiales con personas de diferentes culturas y tradiciones, en el metro, en el autobús o en un comercio. Podemos hacer una visita a ese restaurante indio, chino o francés calle abajo, o no. Ocasionalmente estamos juntos en algún gran evento compartido: quizá un partido de fútbol, un concierto o una concentración. A veces, sin embargo, un encuentro más o menos fortuito puede llevar a una interacción que nos cambia la vida, una asociación para algún negocio, un romance excitante o una agresión traumática. Así sucede también en la Red. Éste es el mundo-ciudad.

«El aire de la ciudad nos hace libres», dice un proverbio medieval alemán. «Por su naturaleza», escribió el teólogo Paul Tillich, «la metrópolis provee lo que de otra manera sólo los viajes procurarían, es decir, lo extraño. Puesto que lo extraño conduce al cuestionamiento y debilita la tradición familiar, sirve para elevar la razón hacia lo que tiene una relevancia fundamental.»[38] Este pensamiento es inspirador, pero las ciudades habitadas por personas procedentes de todas partes y por sus descendientes también tienen furiosas peleas sobre centros islámicos, marchas sectarias y obras y libros controvertidos. Estas ciudades son golpeadas por el odio de sus vecinos, la intolerancia a lo diferente, las exigencias de censura y autocensura. Se ven sacudidas por disturbios raciales y religiosos, y por un joven musulmán que sale tranquilamente a asesinar a un cineasta holandés una mañana invernal de Amsterdam en el año 2004. En el juicio, el asesino dijo que la ley divina no le permitía vivir «en ningún país donde se permita la libertad de expresión». Pero en vez de regresar al país de sus padres, Marruecos, donde la libertad de expresión se encuentra claramente limitada, intentó coartar la libertad de expresión en los Países Bajos, donde él vivía. Mohamed Bouyeri, el joven que asesinó al cineasta Theo van Gogh, era un asiduo visitante y colaborador de sitios web yihadistas. Hoy más que nunca, las sentencias escritas en el ordenador pueden convertirse en sentencias de muerte.[39]

Dado que la expresión «ciudad global» se emplea ya para referirse a ciudades grandes y multiculturales como Londres, Nueva York o Tokio, y resultaría engorroso repetir en cada ocasión la expresión «mundo-como-ciudad», he recuperado y ampliado el sentido de una vieja palabra, *cosmópolis,* empleándola para abarcar en su totalidad este confuso y conectado mundo-como-ciudad.[40]